

Vida y muerte de un peñasco: El monumento a la piedra¹

Hugo José Suárez²

EL ENCUENTRO

Sucedió de una manera azarosa. A principios del 2008 estaba realizando una investigación sobre la experiencia religiosa en la colonia popular Adolfo Ruiz Cortines, de la delegación Coyoacán, al sur de la ciudad de México. Buscaba entender cuáles eran los principales grupos religiosos y cómo daban cuenta de su fe los creyentes en un contexto de urbanización y pobreza (los principales resultados de ese estudio se publicaron en Suárez, 2012 y 2015). Luego de las primeras incursiones en el barrio, me quedó claro que algo intenso sucedía en la calle. Realizando un simple registro de expresiones religiosas públicas empecé a clasificar las instituciones oficiales de mayor legitimidad —como las iglesias y capillas católicas—, las que mostraban menos estructura, pero mucha tradición —como las iglesias protestantes históricas o pentecostales— y nuevas formas religiosas, como la santería o el culto a la Santa Muerte. Pero lo que sin duda llamaba mi atención —en términos de territorialización religiosa del espacio— eran los casi sesenta nichos —regularmente dedicados a la Virgen de Guadalupe— repartidos por toda la colonia, las cruces de fallecidos alrededor de la avenida principal y una capilla de pequeñas

¹ Agradezco a mis asistentes de investigación Diego Contreras e Israel Ruiz, quienes en distintos momentos colaboraron enormemente en la recolección de información empírica.

² Doctor en sociología por la Universidad Católica de Lovaina, investigador titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III.

dimensiones administrada por los vecinos. No me quedaba duda de que la religiosidad popular era el principal soporte de la vida religiosa en el barrio, y la manera más dinámica y participativa de resemantizar el espacio.

En esos recorridos anárquicos pero sostenidos descubrí el monumento a la piedra.³ Fue sorprendente: un peñasco de unos cuatro metros de alto con una base de unos tres metros cuadrados. Alrededor, en la parte inferior pegada al piso, una improvisada acera de piedras y plantas bien atendidas, además de flores frescas y veladoras. En la cima, una iglesia de unos cincuenta centímetros de altura construida en tezontle con todos los detalles finamente elaborados, de la mano de un profesional: dos torres frontales en los extremos, cada una con arquerías, una puerta principal de ingreso con una espadaña azul, campanarios con el techo pintados de azul claro y con dos cruces doradas pequeñas en la parte superior, ventanas curvadas y balcones. Al lado de la iglesia, en dimensiones todavía menores, otra espadaña encima de un arco que acoge una fiel reproducción de la imagen de la Virgen de Guadalupe. En una grada superior y más vistosa, una cruz gruesa un poco más grande que la iglesia. En la grada inferior, una pequeña casa de dos pisos igualmente construida con tezontle, techos rojos, puertas y ventanas con marco blanco; el modelo de casa se repetía en otras partes en la piedra. La comunicación entre cruz, iglesia y casas eran caminos empedrados pintados de blanco, en contraste con el tono rojizo y negro de las rocas volcánicas. La ciudadela encima de la peña estaba adornada con cintas y flores de plástico con muchos colores.

Todas las paredes de la peña tenían imágenes religiosas realizadas con aerosol: la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, Santo Niño de Atocha, Jesucristo crucificado, Santa Muerte, San Miguel

³ Ubicado entre las calles Iztaccíhuatl, Cihuacalli y Ixtilixchitl, en la colonia Ruiz Cortines, de la delegación Coyoacán.



1. El monumento a la piedra, en la colonia Adolfo Ruiz Cortines, de la delegación Coyoacán.

Arcángel, San Expedito, San José, San Miguel Arcángel. Esto generó varias preguntas, que intentaré responder en estas páginas: ¿Qué pasó en ese lugar? ¿Qué implicaciones tiene esta expresión religiosa? ¿Cómo y por qué esa piedra alberga tanta densidad socio-religiosa? Estaba claro que tenía que intentar reconstruir...

LA HISTORIA ...

...de la peña utilizando todos los recursos a mi alcance. Y nuevamente el azar empezó a darme respuestas. Satisfaciendo mi curiosidad visual, compré el libro *Vestida de sol*, de Rafael López (2006). Es un documento donde el autor reúne imágenes de la Virgen de Guadalupe obtenidas en toda la República; su intención es mostrar que la población se apropia de la guadalupana con envidiable autonomía, mucho más allá de cualquier control institucional. Al recorrer las páginas del texto mi sorpresa fue grande, pues entre algunas fotos estaba la peña de la colonia Ruiz

Cortines, con la ciudadela ya construida en la cima y una imagen de la virgen en la pared lateral. Era la única figura, realizada con aerosol y solamente de medio cuerpo. Al pie no había más que un jarrón con flores que empezaban a marchitarse. Las fotos de Rafael López no me proporcionaron los detalles que requería y tenían otra intención, pero el libro publicado en el 2006 indicaba que al menos desde el 2005 había actividad en ese lugar.

A través de entrevistas realizadas a varios vecinos en el 2009 supe que el principal impulsor de la construcción de la villita fue *don Lupe*, señor de mayor edad que falleció unos meses antes de mis averiguaciones, por lo que lamentablemente no pude entrevistarlo. La piedra en sí es muestra de lo accidentado del terreno, cubierto de lava volcánica; de la necesidad de los vecinos de colonizar la caprichosa naturaleza para construir sus hogares —en los años sesenta y setenta— en un lugar donde no había más que cuevas, alacranes y culebras, y de la desatención de las autoridades (Alonso, 1980; Azuela, 1999; Díaz, 2002; Zermeño, 2005). Pero lo importante era tratar de entender por qué no se había quedado así, como un exabrupto geográfico, y devino en lo que entonces tenía enfrente. Me informaron que como sucede a menudo en estos casos, dos intenciones estuvieron en la génesis del monumento. Por un lado, el lugar empezó a convertirse en un basural, alimentado por muchos de los que pasaban por ahí, que se autorizaban a coadyuvar con una bolsa. Por otro lado, la devoción de varias personas, entre ellas *don Lupe*, hizo que se pusiera una Virgen de Guadalupe, que rápidamente fue atendida. Se sembraron plantas y una mujer se encargó de encender veladoras de manera regular; alguien que conocía a un artesano le pidió que construyera la iglesia en la cima. *Don Lupe*, el principal impulsor, mandó hacer la cruz y decidió que cada 3 de mayo, día de la Santa Cruz, se celebrara una eucaristía, y así fue. Desde aquel tiempo hasta su

muerte, año tras año se encargó de conseguir un sacerdote para la misa, congregando a una cantidad considerable de gente.

Poco después, ya con una comisión de seguimiento conformada, se organizó con jóvenes grafiteros una nueva intervención. La imagen inicial fue borrada y encima se pintó cada centímetro de las paredes de la piedra, sin dejar un pedazo libre, con imágenes de la religiosidad popular. Como dice un vecino:

Los grafitis que se pusieron no eran malos, pues había creencias, costumbres y varias religiones. O sea, había desde pinturas de la virgen hasta la Santa Muerte. Las personas que vinieron a grafitear no lo hicieron por cuenta propia; nos pidieron permiso a nosotros como vecinos, y fue muy bueno. Todos trajeron ramitos de flores o cualquier detallito. ¿Por qué? Porque ésas son nuestras costumbres. Eso nos beneficia a todos; empezó a ser un lugar limpio, presentable, y lo seguimos manteniendo.⁴

Al pie se pusieron piedras y más plantas. Quedaba claro que el lugar ya era otro. Se había creado un nuevo espacio religioso.

Pero en el proceso hubo otra iniciativa fundamental, la de José María Sandoval, *don Chema*, vecino de 84 años, que realizó una serie de gestiones buscando...

LA INTERVENCIÓN DE LA DELEGACIÓN COYOACÁN...

...a través de la construcción del monumento a la piedra. Y así fue. Él tenía una intención muy clara, y diferente, sobre qué hacer en el lugar:

⁴ Las entrevistas las realizó Diego Contreras en el 2009.

Me nació la idea del monumento luego de pláticas con las nuevas generaciones. Yo les preguntaba a los jóvenes: “¿Saben de dónde vinieron, ¿cómo llegaron? ¿Su papá no les explicó? ¿Saben cuánto hemos luchado para llegar aquí?” Yo pensé en el futuro de nuestras familias, el trabajo que tuvimos que hacer para asentarnos, para construir nuestras casas. Estas colonias no fueron fraccionamientos, eran puras cuevas pedregosas, nos costó mucho a nosotros. Estuve en las comisiones ante el Departamento del Distrito Federal para el mejoramiento de la colonia. Yo quise gestionar un reconocimiento, algo, un monumento o como se llame, pensando en el futuro de nuestras familias, algo que les recuerde a estas generaciones nuestra lucha.

La travesía empezó a mediados de 1996. La primera carta dirigida a las autoridades y firmada por José María Sandoval, como “Consejero ciudadano del área vecinal 12”, tiene fecha del 6 de junio y en ese documento se solicitaba conservar la piedra como monumento:

en recuerdo a la roca donde se asientan estas colonias donde vivimos, como historia en memoria a la cortesa rocosa, como está conformado el subsuelo en donde construimos nuestras casas, varios vecinos, en su mayoría damos el respaldo, e incluso haciendo alguna faena, de acuerdo están en colaborar con actividades, ya que se pretende el apoyo de la subdelegación que ud. atinadamente dirige hacer algún jardincito, por lo que solicitamos de algunos materiales para hacer dicha obra... [*sic*].⁵

⁵ Todas las referencias que siguen se obtuvieron en el Centro de Documentación e Investigación Histórica y Cultural de Coyoacán, de la delegación Coyoacán, donde se guardan los escritos oficiales y las correspondencias respectivas. He respetado la redacción y las formas originales, incluso la ortografía, buscando transmitir el ambiente y el tipo de intercambio entre los ciudadanos de origen popular y las autoridades con lenguaje administrativo y legal.

La demanda, redactada en lenguaje popular, pedía colaboración para “algún jardincito”, luz y limpieza. Tres semanas más tarde, *don Chema* envía otra carta demandando “si no existe inconveniente, se instale una lámpara al lugar donde se solicita el arreglo para conservar la piedra en memoria de la misma”.

No hay documentación sobre la respuesta oficial, pero todo indica que se requirió mayor formalidad y colectividad, pues existe otra carta de noviembre del mismo año, donde se recuerda que en un recorrido del delegado por la zona en junio se le había pedido realizar la obra, firmada por 45 vecinos y jefes de manzana que apoyan la “obra cultural”, que “consideramos obligación histórica y cultural”. La misiva, dirigida al delegado de Coyoacán, va con copia para cinco subdelegados y para los interesados, y tiene los sellos de recepción de las dependencias.

En enero de 1997, José María envía una nueva comunicación, igual que la anterior, con copia a varias autoridades, especificando que “se considere como monumento la piedra (...) ya que dicha piedra será recuerdo histórico y cultural del terreno donde está enclavada la colonia”. Unos días más tarde, la subdelegada de Cultura le pide que “amplíe la información”, por lo que nuevamente, al mes, *don Chema* explica que las autoridades y los vecinos estuvieron de acuerdo “en aprovechar la roca para hacerla monumento”, para que “tanto las actuales generaciones como las futuras se percaten de que estos asentamientos humanos sus fundadores lo que nos costó para transformar esto en viviendas dignas para nuestras familias [*sic*]”. Solicita apoyo para que “se haga algún proyecto con alguna glorieta alrededor, alumbrar el lugar coordinadamente con la subdelegación de los pedregales quienes están de acuerdo, echemos la mano [*sic*]”.

En los meses siguientes, la delegación, además de enviar la responsabilidad de una subdelegación a otra, realiza un estudio técnico sobre la piedra para evaluar la factibilidad de un proyecto

y el resultado es positivo, lo que se le informa al finalizar el año a José María. Después, la comunicación se retoma en julio de 1998, pero ahora con un tono distinto. La carta de *don Chema*, completamente empoderado, está escrita en papel membretado de la Asociación Civil Corriente Reforma y Democracia, con oficinas en la colonia Roma y en la colonia Santo Domingo. Firma como “ex-consejero ciudadano. Actualmente gestor social de la Corriente U.R. y D”. La redacción es más cuidada, claramente realizada por un profesional, y solicita contestación, “informándome solución positiva para informar a la corriente y a los vecinos”.

A esas alturas aparece un problema, ya que otro grupo de vecinos prefiere demoler la piedra para aplanar la calle, en vez de hacer un monumento, y acabar con la inseguridad y suciedad, pero *don Chema* puede conciliar las posiciones, logrando un consenso. Dos años más tarde, en enero del 2001, el ahora “Coordinador de Gestión Social de Unidad Reforma y Democracia, Presidente del Consejo de Vigilancia del Comisariado del Nuevo Ejido San Pablo Tepetlapa y Ex Consejero ciudadano”, títulos con los que firma su solicitud, envía un documento de tres páginas, a renglón seguido, en hoja tamaño oficio, impreso en computadora y con impecable presentación, al delegado de Coyoacán, refiriendo nueve puntos sobre la situación de la colonia. En el tercer apartado solicita “su intervención para dar celeridad” a la propuesta del monumento. Se recuenta el lento proceso, criticando que “se dio largas” a su solicitud, argumentando “una serie de opiniones sacudiéndose la responsabilidad”. El protocolo de la despedida ahora contiene un intercambio entre pares: “Sin más por el momento agradeciendo de antemano la atención que sirva prestar a la presente y en espera de poder contar con su apoyo quedo de usted”.

El último documento de la delegación es de junio del 2001. Se trata de una minuta de la Unidad Departamental de Descentralización Cultural, que reporta la reunión entre los directores

de Seguridad Pública, Servicios Urbanos, Pedregales, Jurídico y Gobierno y el comité vecinal de la colonia Adolfo Ruiz Cortines. Se informa del seguimiento a la solicitud y se concluye que “en este año se construiría dicha petición”. Y claro, no fue ese año, sino que pasó una década, y el 25 de enero del 2011 finalmente se llevó a cabo...

LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A LA PIEDRA ...

...con todo el protocolo respectivo. Se pintaron las paredes de la piedra de negro brillante. A los pies se edificó una amplia jardinera de ladrillo, con columnas de concreto armado, y se relleno de tezontle. Las columnas se pintaron de verde y se barnizó el ladrillo. Se sembraron plantas de colores y se puso una cadena protectora alrededor, colgada de tubos verdes. En la pared del fondo se mandó hacer un mural con aerosol que muestra cómo trabajaron los vecinos entre las rocas, convirtiendo el pedregal en un barrio digno. Se puso un aviso oficial, con algunas letras en rojo y mayúsculas, con el logo de la delegación y del gobierno del Distrito Federal: “Prohibido tirar basura. Ley de Justicia Cívica. Art. 9 Fracc. I. Sanción: de 11 a 20 días de salario mínimo o arresto de 13 a 24 horas”.

Quedaba una pregunta incómoda respecto a qué hacer con la iglesia, las casitas y la cruz de la cima. La posición de *don Chema* era contundente: “que se pinte todo, que se borre la virgen, que se destruya el pueblito, que fue la idea de esos tipos. Ya quiten eso de ahí arriba. Eso no debe estar ahí, yo creo que el gobierno tiene la orden, tiene la autoridad para quitar eso”. Pero la prudencia de las autoridades, que “no quisieron causar malestar”, hizo que sólo se dejara intacta la ciudadela, la virgen y la cruz.

En el lugar más vistoso de la piedra se incrustó una placa de metal firmada por el entonces jefe delegacional, Raúl Flores García:

Monumento a la Piedra

Coyoacán, de la ciudad lo mejor.

Entrega a la comunidad de los Pedregales el “Monumento a la Piedra”.

Símbolo de tradición de esfuerzo y trabajo de esta comunidad.

La historia de la zona de los pedregales de Coyoacán, está escrita sobre la lava ardiente que en algún momento derramó sobre la llanura el volcán Xitle.

Lugar inhóspito que muy pocos se atrevían a habitar por las condiciones extremas que originaban los peñascos filosos de rocas ígneas, mismas que sirvieron a los grandes escultores de la época prehispánica; cuna de la gran Coatlicue y el hermoso calendario azteca, símbolo de la grandeza de los hombres que se atrevieron a irrumpir sus dominios, colonizando y haciendo suyo el paisaje de agreste vegetación y fauna única, compitiendo en supervivencia lo mismo con serpientes de cascabel que con los hermosos colibríes o los lagartos de colores que podrían verse asoleando cada mañana, hogar de infinitos manantiales de aguas cálidas y transparentes que cobijaron cientos de veces a los infantes que gustosos se entregaban cada tarde a sus baños y juego.

En esta era de globalización y modernidad donde permanentemente olvidan los valores que dan origen a nuestra sociedad, resulta imprescindible ejercitar la memoria colectiva que da cuenta de nuestra historia y raíces, las cuales en sí mismas, recuperan la lucha social que nos da identidad y dan fe del esfuerzo que nos distingue a los habitantes de los de los Pedregales de Coyoacán.

Por tal motivo, este pequeño peñasco enclavado en el corazón de los Pedregales, es símbolo de lucha social y la identidad colectiva del origen de los Pedregales.

México, D.F., Coyoacán, 25 de enero del 2011.



2. El monumento a la piedra, con el mural de la historia de la colonia Ruiz Cortines.

Aquel día fue de fiesta. El evento comenzó a las diez de la mañana con la participación de muchas personas. A un costado de la piedra se montó un escenario muy bien armado con una tarima para las autoridades y un amplio toldo para albergar al público. Se instaló equipo de amplificación, micrófono y altoparlantes. En la elegante testera, con mantel rojo y botellas de agua para los oradores, se sentaron el delegado Raúl Flores y otros vecinos. Tomaron la palabra, entre otros, la licenciada Elsa Ponce, de la Dirección General de Participación Ciudadana y Prevención del Delito, el delegado y José María Sandoval —solemne, vestido de camisa y corbata, al igual que las autoridades—. Ellos mismos develaron la placa, cubierta con una cortina café. Empleados de la delegación, portando un chaleco blanco, sirvieron tacos a los asistentes. Hubo una exposición de fotografías con imágenes sobre la historia de la zona. Una banda infantil cuidadosamente uniformada entonó el “Toque de bandera”, mientras la escolta de niños marchaba con orgullo.

Don Chema, que luego de 14 años había logrado su cometido, recuerda así el memorable enero del 2011: “La piedra ya se había

hecho. Ese día fue lindo; vino la delegación y hubo banda de guerra. Estuvo precioso, hasta oficial. Ahora queda un patrimonio”.

En esta larga historia se pueden identificar al menos tres matrices culturales en la trayectoria de vida de tres vecinos: Antonio, Gerardo y *Chema*.

Antonio tiene 71 años y vive en la colonia desde mediados de los sesenta. Es de los primeros habitantes. Es jubilado de la General Motors, donde trabajó durante 35 años. Fue muy cercano a *don Lupe*, el principal impulsor de la devoción, y acompañó el proceso de la piedra. Está integrado al catolicismo y cuando era trabajador en activo realizaba peregrinaciones a la basílica. Conjuntamente con su esposa, asiste cada ocho días a misa, ya sea en la parroquia de La Resurrección, de los jesuitas, o en cualquier otra. Cuando se le pregunta si ha tenido problemas con alguna religión dice: “No, ahorita todo está calmado, todo está tranquilo. Mi vecina es testigo de Jehová, pero nos respetamos. Eso sí, cuando han pasado a la casa de usted ofreciendo otra religión, yo les digo: ‘Aquí nosotros somos católicos’, eso me inculcaron de chico, es en lo que seguimos”.

Particularmente, resalta su devoción hacia la Virgen de Guadalupe: “Ella es la emperadora, ahora sí que mis respetos. Ella es la madre de todos los mexicanos, la emperadora de América. Ya ves, hasta el Papa la visitaba. La basílica es la iglesia más visitada”. Sin embargo, la filiación religiosa, la integración a las actividades eclesiales y la devoción mariana no van de la mano con un católico en forma. Ante el sencillo cuestionamiento de “¿usted es católico?”, la respuesta es ambigua:

Pues sí soy católico, pero hasta por ahí. ¿Católico así que *uff*, que de todos los días...? No, no, no, no se puede, tengo cosas, problemas de salud o de trabajo. Mi esposa sí; mis respetos. Ella no deja de ir a

misa todos los domingos, hagamos lo que hagamos. En realidad, soy creyente; voy con devoción el domingo a escuchar misa. Lo que sí, a la virgen, eso sí. Eso nos inculcó mi madre, que descansa en paz. Siempre hemos sido así.

La operación semántica que realiza Antonio es típica de la religiosidad popular (Suárez, 2011): católico-católico *vs.* católico pero no tanto, o “creyente”. Se crean dos tipos de fieles. Por un lado, los que sí cumplen canónicamente los mandatos, particularmente en términos de conocimiento bíblico y participación semanal en actividades parroquiales, y, por otro, los que sin la menor intención de cambiar de religión relajan la intensidad de su lazo con la Iglesia y sus responsabilidades parroquiales. Esta segunda opción va de la mano con la afirmación de la identidad católica y reposa, sobre todo, en la devoción a la Virgen de Guadalupe, que está fuera de cualquier duda.

Tanto por sus convicciones religiosas como por su involucramiento con el barrio, Antonio colaboró con *don Lupe* en la tarea de montar el monumento a la piedra. Al ver que aquel lugar se convertía en un basurero y que algunos jugaban frontón en la pared, pensaron en poner una virgen, y así lo hicieron. Empezó la devoción y llegaron los milagros: “Una señora que vive a seis cuabras venía y echaba flores cada domingo. Ella le pidió a la virgen que la curara de una enfermedad que tenía, y le ayudó. Cada que llegaba yo mandaba a mis nietos a que le ayudaran a echarle agüita”. De manera conjunta, buscaron a alguien que construyera la ciudad en la cima y organizaron la misa de la Santa Cruz, el 3 de mayo. Con la construcción del monumento, en sus distintos momentos, Antonio considera que “se va dando vista” a la colonia, que antes era “puras piedras y grietas”, y la gente “ya no puede jugar frontón; tienen que respetar las cosas”. Cuando llegaron las autoridades y realizaron las modificaciones, Antonio

marcó distancia: “Nosotros ya no nos metimos, como ya andaba la delegación, dijimos ‘ya’. Quién sabe con qué fin la delegación puso esas cosas y por qué pintó de negro las imágenes; imagino que porque es el color real de la piedra. Mejor hubieran dejado las imágenes como estaban, pero pues ya no”.

En la otra acera está don Gerardo, de unos setenta años, que habita en la colonia Ajusco hace cuatro décadas. Su trayectoria está marcada por los años que vivió como migrante en Estados Unidos. De esa experiencia retuvo al menos dos cosas: el sentido de “vivir bien” y una idea de urbanidad:

Yo aprendí muchas cosas en Norteamérica. El que va allá se educa, ve las calles bien limpias y la basura en su lugar. En las escuelas uno aprende buenos modales, buenas costumbres, como una religión. Ahí uno sabe respetar. En cambio, cuando uno regresa y ve la frontera, ve las porquerías que se hacen aquí y nos volvemos así.

Por las ganas de “embellecer el frente de mi casa y todo mi barrio”, don Gerardo entró al comité de vigilancia de la piedra. Una convicción lo movía: “La verdad, me gusta vivir limpio; me gusta vivir sano. Ésa es mi preocupación y mi interés; la calle es el reflejo de donde uno vive”. Identifica con contundencia a la gente que “está acostumbrada a vivir como puerco”, que “no tiene conciencia ni educación”. Su batalla constante fue por cuidar la calle, no permitir que se tiren bolsas de basura, o cascajo, o que se utilice de otra manera. En suma, “estar al pendiente de la gente malosa que no nos ha dejado de hacer maldades”, lo que le costó pleitos y enemistades con varios vecinos.

Cuando empezó el proyecto de hacer algo en la peña, colaboró tanto con *don Chema* como con *don Lupe*. Estuvo en todas las ges-

tionen. Con un espíritu ecuménico, aprobó e impulsó la grafitada con las varias imágenes de orígenes diversos:

No todos pensamos igual, podemos tener varias creencias, pero el que sabe leer la Biblia sabe que al que le debemos pedir es al padre Jehová. Entonces, yo no me opongo a otras religiones. Estamos en un país donde nadie te juzga por tu creencia religiosa; se puede venerar a quien se quiera, siempre y cuando se conserven las cosas. La cosa es que se sepa respetar y conservar el lugar.

El civismo conjugado con una visión católica que ve a Dios por encima de todo permite a don Gerardo limar las diferencias en el ámbito de la fe. En suma, su misión cívica es contar “lo que nosotros sufrimos, lo que tuvimos que pagar; mostrar a nuestros hijos que no vivieron todo, esto y a las nuevas generaciones que ignoran todo lo que se logró, que nosotros fuimos los primeros, los pioneros, los que nos sacrificamos para tener servicios y la colonia que hoy tenemos”. El monumento a la piedra es parte de ese reconocimiento y testimonio.

Una tercera postura es la de *don Chema* —a quien me referí anteriormente—, que creció con el siglo y vivió las principales etapas del Estado mexicano en el siglo xx. Nació en Jiquilpan, Michoacán, a mediados de los años veinte, y vive en la colonia desde 1946. Recuerda con envidiable lucidez muchos episodios de su infancia en el campo: “En aquellos años no había maestros, no había nada”. Rememora a Lázaro Cárdenas —“uno de los mejores presidentes”— como el impulsor de escuelas y el promotor de “un México más social”:

Nuestros padres eran esclavos en las haciendas; ni una gallinita se podía criar ahí, todo era de la hacienda, y casi todos eran españoles.

Luego, con don Lázaro, vino el apoyo; llegaron maestros rurales. Ellos arriesgaron su vida, hicieron una gran tarea; yo conocí a un maestro, se apellidaba Sandoval; los de la hacienda lo asesinaron, armaron a su gente y asesinaron primero al profesor y luego a otros.

De niño pudo aprovechar un sistema de becas que le permitió, aun siendo hijo de campesinos sin recursos y sin voluntad de que su pequeño estudiara, continuar con su formación primaria. Se trasladó a un internado y logró llegar a una escuela vocacional. No pudo llevar adelante una carrera universitaria y se mudó al Distrito Federal, para cumplir con su servicio militar, donde se casó y empezó a trabajar.

Rápidamente se convirtió en el representante de los vecinos de la colonia frente a las autoridades, lo que lo llevó a realizar gestiones y trámites, hasta pasar por prisión. En los años setenta fue representante del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y tuvo actividad política por varios lustros, incluso “se me propuso ser el representante del sector agrario de Coyoacán”, dice con orgullo.

Como se ha visto, fue con este espíritu que *don Chema*, preocupado por su colonia y seguro de que las cosas se resuelven gestionando la intervención de las autoridades, empezó el proyecto del monumento. Con celo guarda en un disco toda la documentación del largo trámite que dio como fruto la atención y la presencia del delegado el día de la inauguración. En cierto sentido, ésa fue la coronación de un luchador social y político, criatura del estado cardenista.

Pero su trayectoria no estuvo exenta de conflictos; de hecho, nunca estuvo de acuerdo con que la piedra fuera un lugar de culto:

Ellos pintarrajearon aquí... que una virgen y todo eso. Un vecino que hace ladrillos, que es mi paisano, se le metió a la cabeza la idea de hacer una basílica en la cima; que ahí debían aprovecharlo para

la religión católica, para hacer una virgen. Yo no estaba de acuerdo, incluso me acusaron de ser enemigo de la Iglesia, pero igual seguí con mis gestiones.

Estos tres personajes y su activa participación en la historia de una piedra, invitan a proponer unas...

PALABRAS CONCLUSIVAS ...

...de este complejo proceso con múltiples actores y orientaciones en disputa. Se observan tres tendencias: la religiosidad popular urbana que resemantiza el territorio, convirtiéndolo en un espacio religioso donde cualquier innovación, creación o iniciativa de los creyentes es válida. El eje fundamental de esta opción, encarnada en *don Lupe* y don Antonio, tiene que ver con la promoción y defensa de la devoción católica popular y la preocupación por el barrio. El contrapunto se observa en *don Chema*, que es el resultado de una política del Estado social heredera de la Revolución, encarnada después en la iniciativa hacia el campo del cardenismo. En su trayectoria de vida se plasma el tránsito de un *habitus* campesino a uno de migrante urbano que tiene que lidiar con las adversidades de la ciudad apoyado —y buscando reconocimiento— en las autoridades públicas. Fiel heredero de la educación socialista promovida por Cárdenas, y de la distancia con el catolicismo de los años de la guerra cristera (1926-1929), su motivación es completamente cívica y laica. Quiere mejorar su barrio y conseguir la venia del Estado social y sus funcionarios. Por último, don Gerardo encarna la vida del migrante que, siendo de origen defeño, sale del país con todas las dificultades que eso implica y queda impresionado con la forma de vida estadounidense, focalizando la atención particularmente en el respeto a las normas y la responsabilidad ciudadana en el cuidado del espacio

público. A su vez, aun identificándose con el catolicismo, se inscribe en una lógica ecuménica que acepta todas las opciones religiosas. En suma, conjuga tanto la tolerancia y la creencia religiosa con el civismo laico, situándose entre don Antonio y *don Chema*, proponiendo lo que podría denominarse como *urbanismo católico-ecuménico*.

El otro actor son las autoridades, cuyo rol es responder a las solicitudes de los vecinos, sin generar conflictos. Es curiosa la resolución final que permite en un monumento cívico, con la inversión de recursos públicos, la presencia de símbolos religiosos. El monumento a la piedra representa una metáfora de convivencia compleja entre lo cívico y lo religioso, donde vecinos negocian equilibrios y transacciones, con sus respectivas tensiones, para que todos se sientan representados. Curiosamente, don Antonio, *don Chema* y don Gerardo, con sus profundas diferencias, terminan satisfechos con el resultado. El eje que los atraviesa, y que permite esta confluencia, es la necesidad de mejorar su entorno y la convicción de que su sacrificio fue muy grande y que debe ser reconocido tanto por las autoridades como por otros vecinos y las nuevas generaciones.

El proceso vivido en el monumento a la piedra se inscribe, además, en dos tendencias urbanas globales: por un lado, los modos de habitar el espacio por sectores populares que desde distintas estrategias toman lo que tienen a la mano para darle uso práctico (Giglia, 2012), y por otro, la resemantización religiosa del territorio (Abbruzzese, 1999), como una tendencia a marcar identidades barriales y otorgarle sentido religioso al entorno, lo que Portal llama “creencias en el asfalto” (Portal, 2009).

A finales de 2015, preparando una ponencia que deriva en este texto, volví a visitar el monumento a la piedra. Nuevamente mi sorpresa fue grande: el mural de la pared del fondo estaba completamente cubierto por grafiti urbano anárquico, en los alrededores



3. Vista panorámica donde se observa el deterioro del monumento a la piedra.

había bolsas de basura con escombros y varias llantas en desuso; la piedra y la jardinera tenían letras pintadas con aerosol; en la cima, la ciudadela y la iglesia estaban completamente destruidas. Sólo quedaba en pie la cruz, cuya base también estaba corroída y por caer. La placa de metal que puso la delegación estaba oxidada y deslucida, además de que crecían plantas silvestres alrededor. En la parte superior del enorme muro, una "gigantografía" con un mensaje religioso del Centro de Entrenamiento para la Vida Cristiana, que deja teléfonos y horarios de servicio: "Un lugar para la restauración de tu vida", con la ilustración de un joven con playera blanca, de espaldas, con los brazos abiertos al cielo, sobre un bello campo verde y el cielo azul al fondo.

Mirando esas ruinas nacieron otras preguntas que invitan a una nueva investigación: ¿qué pasó?, ¿por qué no pudo sostenerse el monumento como un lugar de culto, como sucede con tantas capillas en la colonia?, ¿por qué no hubo una colectividad que lo tomara a su cargo luego de que las autoridades lo abandonaron? Sólo tuve la certeza de que los íconos religiosos viven y mueren

en la colonia de acuerdo con la situación, condición e historia de los vecinos.

Por último, unas palabras sobre la propuesta teórica y narrativa de este texto. En estas líneas no he hecho explícita la posición conceptual y metodológica en que se sustenta el artículo. Las referencias se pueden encontrar en el libro *Creyentes urbanos* (Suárez, 2015) o en *El sentido y el método* (Suárez, 2008). La búsqueda teórica se inscribe en una sociología que trata de explicar la acción a través de las expresiones culturales (Remy, Voyé y Servais, 1991). Se trata de focalizar la atención en las pequeñas cosas, en las “manifestaciones” (Hiernaux, 1995), los “indicadores” (Kaufmann, 2006) y las “huellas” (Ginzburg, 2014) que deja ver lo social, a través de las cuales se pueden develar tensiones fundamentales de la vida colectiva. La escritura también se ubica en esa dirección: aquí se trata de procurar una narrativa cercana a cierta etnografía, como la de Venkatesh (2013), y la microhistoria de González y González (1995), que dé valor en sí misma a lo cotidiano como lugar de reflexión científica y cuya presentación analice el problema escapando de los formatos preestablecidos, que a menudo son prisiones, para la presentación de los resultados académicos. Ojalá que aquí hayan quedado suficientemente articulados teoría, objeto, método y narrativa, ofreciendo al lector una explicación del problema presentado.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRUZZESE, Salvatore (1999). “Catholicisme et territoire: pour une entrée en matière”. En *Archives des Sciences Sociales des Religions*, 107 (julio-septiembre): 5-19.
- ALONSO, Jorge, ed. (1980). *Lucha urbana y acumulación de capital*. México: Casa Chata.
- AZUELA, Antonio (1999). *La ciudad, la propiedad privada y el derecho*. México: El Colegio de México.
- DÍAZ ENCISO, Fernando (2002). *Las mil y una historias del Pedregal de Santo Domingo*. México: Gobierno del Distrito Federal/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Hábitat.
- GIGLIA, Ángela (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas de investigación*. Madrid: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa/Anthropos.
- GINZBURG, Carlo (2014). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis (1995). *El oficio de historiar*. México: Clío.
- HIERNAUX, Jean Pierre (1995). “Analyse structurale de contenus et modèles culturels. Application à des matériaux volumineux”. En *Pratiques et méthodes de la recherche en sciences sociales*. París: Armand Colin.
- KAUFMANN, Jean-Claude (2006). “Ropa sucia”. En *Hijos de la libertad*, compilado por Ulrich Beck. México: Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ, Rafael (2006). *Vestida de sol*. México: Era.
- PORTAL ARIOSOS, Ana María (2009). “Las creencias en el asfalto. La sacralización como una forma de apropiación del espacio público en la ciudad de México”. *Cuadernos de Antropología Social*, 30: 59-75.

- REMY, Jean, Liliane Voyé, y Emile Servais (1991). *Produire ou reproduire. Une sociologie de la vie quotidienne*. Bruselas: De Boeck.
- SUÁREZ, Hugo José, coord. (2008). *El sentido y el método. Sociología de la cultura y análisis de contenido*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/El Colegio de Michoacán.
- SUÁREZ, Hugo José (2011). “Un catolicismo estratégico”. En *Religión y culturas contemporáneas*, coordinado por Antonio Higuera Bonfil. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes/Red de Investigadores del Fenómeno Religioso en México.
- SUÁREZ, Hugo José (2012). *Ver y creer. Ensayo de sociología visual en la colonia El Ajusco*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Quinta Chilla Ediciones.
- SUÁREZ, Hugo José (2015). *Creyentes urbanos. Sociología de la experiencia religiosa en una colonia popular en la ciudad de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- VENKATESH, Sudhir (2013). *Floating City*. Nueva York: The Penguin Press.
- ZERMEÑO, Sergio (2005). *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*. México: Océano.